

Miguel Aranguren

EL ARCA DE LA ISLA

(Con ilustraciones del autor)

la esfera  de los libros



Puerto de montaña del Pinar Azul
Sábado, 16 de diciembre de 1995

Su nariz —negra, ancha y aplastada— expulsó sendas fumaradas de vaho, como hilachas de algodón que se deshicieron en la oscuridad.

—Nos hemos equivocado de noche —protestó con voz cavernosa, acurrucándose entre las ramas del abeto.

—Sabes que no tienes permiso para opinar —le corrigió el hombre enfundado en una gabardina. Vigilaba la carretera con unos prismáticos con sistema de infrarrojos—. Si yo digo que ésta es la noche, no tienes por qué discutirlo.

La bestia resopló con fastidio, salpicándose de saliva los pelos del pecho.

—Pero si apenas se ve —insistió, balanceándose sobre el árbol.

—¡Para quieto, que nos caemos! Además, tú no tienes por qué ver nada. Yo soy tus ojos: cuando te lo indique, saltarás como tenemos previsto.

Con su mano de dedos largos, la criatura palmoteó el tronco en busca de un agarradero que resistiera mejor su peso y se asomó al vacío.

—¡No te muevas tanto! —se enfurruñó el hombre.

La fiera alzó la sobreceja y desorbitó los ojos. Se estaba poniendo nerviosa; dilataba los labios y después abría las mandíbulas, mostrando al aire sus caninos desarrollados y amarillentos.

—¿Cómo quiere que deje de moverme? La bruma se ha espesado tanto que no podré distinguir el vehículo cuando pase por debajo.

—Tendría que haber arrancado la zona del miedo en tu cerebro de chorlito... —masculló, dejando caer los gemelos sobre el gabán—. Vuelvo a repetirte que soy tus ojos, como en la mina.

—Parece, patrón, que olvida que no tengo alas. —Se agarró al árbol con los pies, cruzó los brazos sobre el pecho anaranjado y alzó la barbilla.

—¿Y quién las necesita? —Trató de ganárselo rascándole los omoplatos—. Vamos, no te enfades.

—Me está pidiendo que me lance al vacío.

—Ya hemos repasado muchas veces el plan... Fíate de mí.

—¿Ciegamente?

—Ciegamente. No va a pasarte nada. —Volvió a colocarse los anteojos sobre la nariz.

—Es que ahora que estamos tan arriba, me doy cuenta de que si no acierto me romperé la crisma. Y aun si acierto...

—No te romperás nada —intercedió cada vez con menos paciencia.

—Un orangután con los huesos rotos es un orangután muerto, incluso en un zoológico.

—Acabo de decirte que cumplirás tu misión sin que ocurra ningún accidente.

—Con la pelvis partida no podré subir por las sogas para recoger la fruta que me pongan. No podré columpiarme en los neumáticos ni fabricar mi nido con las mantas sucias... —Se le fue la voz—. Estaré condenado a pasar el resto de mis días en el suelo, como un estúpido rumiante, sacándome los mocos y chupando las mondas que los turistas me lancen desde las barandillas. —Se le erizaron los pelos de la espalda.

—¡Cálmate!

—No podré lanzarme al foso a por los cacahuets. Sacudí la rama cada vez con más fuerza, provocando un gemido en la madera tierna—, ni defenderme de Odín.

—¡He dicho que te calmes! —elevó la voz—. Lograrás que perdamos el equilibrio y, entonces sí, seremos dos los que acabemos con la cabeza rota.

El ejemplar de Sumatra apretó el mentón, hinchando las adiposidades de piel que le circundaban el rostro y cobró el aspecto de un monstruo al que se le desdobra la cabeza. De su garganta comenzaron a emerger una serie de resonancias guturales que, por el efecto multiplicador de la orografía del valle, parecían brotar de las profundidades de la tierra. Los labios se le contraían y distendían como si fuesen de caucho.

—Odín me matará —insistía, encadenando aquellas palabras a sus bramidos salivados—. Se aprovechará de mi invalidez para golpearme con palos y piedras. ¡Me arrancará hasta el último pelo! —Empezó a dar saltos sobre la rama, que crujió.

—Tú lo has querido —murmuró el hombre, que había tenido que sentarse a horcajadas.

Del bolsillo interior de la gabardina extrajo un estuche. Poco después, un chispazo azul reverberó en la niebla como si del corazón del abeto hubiese surgido un rayo.

—¡Patrón!... —chilló la bestia con la melena hirsuta y los ojos en blanco.

Se desplomó en el vacío. Poco después, se escuchó un golpe seco junto a las raíces.

—Espero que te haya servido de lección —dijo el hombre en la punta del abeto. Aguardó unos momentos en silencio antes de interesarse de nuevo por él—. ¡Sube!

Al antropoide le colgaba la lengua por las fauces pringadas de barro. Hizo un esfuerzo por erguirse, ayudándose de las retamas que lo rodeaban.

—No puedes desobedecerme; lo sabes. —Ahora pareció conciliador.

—Sí, patrón.

Tras unos primeros movimientos descoordinados, la criatura

desplegó sus inmensos brazos velludos para circundar el tronco e impulsarse hacia arriba sirviéndose también de los pies.

—No vuelvas a ponerte nervioso —le advirtió el hombre en cuanto el orangután se sentó de nuevo en la rama—. Sabes que, de un momento a otro...

Unas voces emparejadas rompieron la pared de niebla:

—¡Ya vienen!... ¡Ya vienen!...

Eran dos guacamayos azules los que acababan de rasgar aquella tela lechosa.

—Mis pequeños —les piropeó el hombre, ofreciéndoles sus hombros como percha.

—Les faltan tres curvas para llegar a la cima —chismorreó una de las aves.

—Buen trabajo. —Les regaló una pipa de girasol a cada una, que guardaba en sus bolsillos—. Y ahora, tú —volvió a dirigirse al primate—: toma mi gabardina y mi sombrero.

La bestia se vistió con agilidad, olvidada la corriente eléctrica.

—¡No me falles! —le exigió mientras calibraba el enfoque de los prismáticos—. ¡Ahí están los faros!

Dos focos parejos acababan de surgir por detrás de un talud, hendiendo la niebla con haces anaranjados.

—¡¡Ahora!!

Una sombra se precipitó sobre los rizos de bruma.

Sonó un topetazo seguido del rasgar de un freno, el patinazo de unos neumáticos, un impacto fortísimo y el cortar del aire de un gran objeto lanzado con fuerza sobrehumana al vacío.

—¡Bien! —Desplegó el hombre una sonrisa siniestra.

El automóvil provocó un chasquido en la oscuridad, más allá del acantilado, que estremeció las montañas como si se hubiese quebrado el corazón del bosque.

—Ya estoy aquí —le saludó el orangután, que traía la gabardina descuadernada, con el vuelo del faldón anudado en las solapas.

—Tenemos que irnos.

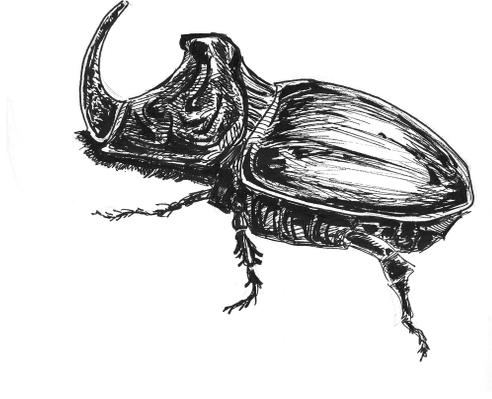
—Tenemos que irnos... Tenemos que irnos... —repitieron los papagayos al echar a volar.

El primate se deshizo del abrigo y se lo entregó al hombre, que se lo abotonó de nuevo, se caló el sombrero hasta los ojos y guardó los prismáticos.

—Agárrese fuerte a mi espalda —le conminó.

A pesar de que le costaba abarcar aquella masa de músculos lanudos, apretó el rostro contra la bestia y se dejó llevar por la fronda en gráciles saltos, como si fuese un pelele.

—Buen trabajo, Heimdall —le felicitó al oído.



Las cuatro de la madrugada y dieciséis minutos...

Aquellas cifras se le grabaron a fuego en la memoria. No en vano, fue lo primero que vio en cuanto le despertó el teléfono: refulgían en su despertador digital.

«No te levantes a cogerlo», se dijo a sí mismo atrapado aún por el velo de los sueños, como si una voz secreta le advirtiera que, en cuanto lo descolgara, nada volvería a ser como antes.

Pero el aparato insistía una vez y otra. Y aunque se trataba de un elemento inanimado, parecía que se impacientaba.

Recordó los años de la fábrica. En una ocasión, el vigilante del turno de noche despertó a toda la familia para dar aviso de que había saltado accidentalmente la alarma contra incendios, como si creyera que el padre del muchacho —director por entonces de aquella factoría— guardara bajo la almohada la clave para su desactivación.

El piso quedó sumido en el silencio. Probó a encogerse sobre el colchón y a dormirse de nuevo, pero presentía que volvería el intempestivo zumbido.

«Ahí está...».

Sólo habían transcurrido los segundos necesarios para que volvieran a pulsar los dígitos de los Guillén Colominas. Aunque el tono seguía siendo el mismo, le resultaba cada vez más apremiante.

—¿Mamá?... —se atrevió a elevar la voz.

Sabía que sus padres no habían regresado del viaje. En caso contrario, hubiesen contestado desde su dormitorio a la primera de las llamadas y él se habría dado media vuelta, después de mascullar un puñado de vocablos ininteligibles.

—¿Papá?...

Su habitación estaba junto al vestíbulo. A veces, desde la cama solía percibir medio dormido el familiar tintineo del llavero de su padre al arañar la cerradura, sus cuchicheos al quitarse los abrigos y el golpe de la luz del pasillo acompañado por el taconeo de su madre. Y luego estaba la liturgia materna de entrar en su habitación para embozarle con las sábanas y dejarle un beso de buenas noches. Pero aquella noche no había habido roce de llaves, tampoco bisbiseos, interruptores, pasos ni besos.

Por cuarta vez, el teléfono empezó a escupir sus chirridos. Comprendió que no podía hacerse el sordo por más tiempo. Avanzó a tientas hasta el salón y tomó el auricular de un manotazo.

—¿Sí?... —saludó con timidez.

—¿Estoy llamando a la vivienda de la familia Guillén Colominas? —preguntó una voz masculina.

El chico no respondió.

—¿Oiga?...

—Sí, aquí es —tardó en balbucir.

—El comisario Quintana al aparato —carraspeó—. ¿Es usted miembro de la familia Guillén Colominas?

Se encontraba abstraído.

—Sí. Me llamo Mario.

—Verás, Mario... —El comisario decidió soltar el lastre de su misiva—. Te llamo desde la Jefatura de Tráfico, del departamento de Atestados. Siento comunicarte una desgracia... ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. —Apenas logró elevar la voz—. Diecisiete y medio —rectificó de inmediato.

—Vas a tener que ser fuerte, maldita sea —protestó el poli-

cía—. A ver cómo empiezo... Ha ocurrido un accidente fatal en el puerto de montaña del Pinar Azul. El coche de tus padres... —se interrumpió—. Por cierto, ¿eres el hijo del matrimonio Guillén Colominas?

—Sí.

—Criatura... —dijo para sí—. El coche de tus padres se ha salido de la calzada. —Volvió a aclararse la garganta—. Ya sabes que ese puerto del demonio tiene un trazado peligroso: las curvas son muy cerradas y el peralte está viejo. Además, esta noche ha caído una densa niebla en la sierra.

—¿Qué les ha ocurrido?

—Mira, chaval... —carraspeó por tercera vez—. Los bomberos han empleado varias horas en sacarlos del automóvil.

—¿Cómo están?

—Pues... mal... —se le atoraron las palabras—. Muy graves, claro.

—¿Han muerto? —inquirió a bocajarro.

—No... Quiero decir... Debes prepararte para lo peor...

—Dígame la verdad.

—¿Por qué no te esperas a que vayamos a tu casa?

—Sin rodeos.

Hubo un *impasse* de silencio.

—Chico, no hay nada que hacer.

Le envolvió una incómoda sensación de irrealidad y dudó si aquella llamada no formaba parte de una pesadilla: aguardó a que la voz del comisario se transmutara en el grito de un dragón y el auricular del teléfono adoptara la fisonomía de una serpiente, con la absurda lógica de los malos sueños.

—Lo siento, muchacho. —Volvió a escuchar al tal Quintana, cuyas palabras le devolvieron a la amarga realidad—. Aunque la investigación acaba de comenzar y no puedo hablar de certezas, es posible que pisaran una mancha de aceite. En cuanto amanezca, nos pondremos a estudiar la huella que han dejado los neumáticos sobre el asfalto.

Mario perdió la mirada en el ventanal del salón, desde el que se contemplaba el perfil de la ciudad. Los anuncios luminosos y unas pocas ventanas diluían su fulgor en la bruma.

—¿Sigues ahí?...

Sentía el tacto del teléfono, pero le costaba creer que aquello fuese cierto.

—¿Me oyes?... —insistió el comisario—. Lo que acabo de decirte es un trago difícil de asimilar. ¿Hay alguien más en tu casa? ¿Tienes alguien que te atienda?... Puedo enviarte a nuestros psicólogos.

«No voy a llorar», se prometió, ajeno al ofrecimiento del policía, y concentró toda su atención en esa promesa para que el corazón no se le quebrara en mil pedazos.

—Vamos, dime, ¿tienes algún familiar adulto?...

Una lágrima le rodó por el rostro, hasta quedarle suspensa en la barbilla.